

## CAPITULO II.

## DERECHO DE GENTES.

## § I.—¿Han tenido los Griegos un derecho de gentes? (1).

Platon dice que los Griegos son hermanos, y que si entre ellos ocurren discordias éstas deben deplorarse como una enfermedad, pero no constituyen verdaderas guerras, como las que sostienen los Helenos contra los Bárbaros (2). *Mably* consideró como una realidad la teoría del filósofo ateniense (3); no sospechaba que los hechos distaban mucho de corresponder al ideal de Platon. Los Griegos, aunque hermanos, no se creían ligados entre sí ni por el derecho ni por la humanidad; no se reconocían obligaciones recíprocas, sino cuando habían sido estipuladas en un tratado. La noción de los deberes que dimanaban de la naturaleza del hombre no existía en las relaciones internacionales; los filósofos mismos no la admitían entre un Griego y un Bárbaro.

Todo el estado social de la Grecia manifiesta la falta de un verdadero derecho de gentes entre los pueblos griegos. La costumbre del orden legal es hoy tan poderosa, que nos figuramos que ha imperado siempre en los pueblos civilizados, por lo ménos duran-

(1) Los sabios disienten en este punto. WACHSMUTH se decide por la afirmativa (*Jus gentium quale obtinuerit apud Græcos ante bellorum cum Persis gestorum initium*). HEFFTER (*De antiquo jure gentium prolusio*) se pronuncia por la opinion contraria.

(2) Véase más adelante, libro VII, c. 2, § 6.

(3) *Estudios sobre Focion*. Primer estudio.

te la paz. Esta es una ilusion: la Grecia presenta actos de violencia injusta en la época más brillante de su civilizacion. La vigorosa administracion de Roma no alcanzó á extirpar aquel espíritu de rapiña (1). Los Griegos eran piratas de nacimiento (2); el más humano de sus legisladores autorizó las asociaciones que se formaban para despojar á los comerciantes extranjeros (3). Aun en medio de la exaltacion patriótica producida por la invasion de los Medos, los insulares siguieron dedicándose al bandolerismo. Temístocles les hizo ruda guerra (4); aquel grande hombre debía sentirse indignado de que los Griegos empleasen sus esfuerzos contra otros enemigos diferentes de los Bárbaros. Cimon se aprovechó de la piratería de los Dolopes para apoderarse de su isla (5).

No eran solamente oscuros corsarios los que infestaban los mares; todos los pueblos comerciantes empezaron por ser piratas, y cuando la ocasion era favorable y apremiaban las necesidades volvian sin escrúpulo á su antiguo oficio. Los Focios se dedicaban á la vez al comercio y á la piratería: cuando la conquista persa arruinó su ciudad, fué necesario una coalicion de los Cartagineses con los Tirrenos para poner fin á sus depredaciones. Los de Sámos atacaban indistintamente á todos los navegantes (6). Los más civilizados de los Helenos no se avergonzaban de cometer verdaderas rapiñas: cuando faltaba el dinero salian de Atenas barcos que despojaban á amigos y á enemigos (7). Acababa de alcanzar el héroe de la primera guerra médica la gloriosa victoria de Maratón, cuando pidió á los Atenienses setenta naves: no les dijo adonde trataba de llevar la guerra, pero les prometió que aquella

(1) BROUWER, *Historia de la civilizacion de los Griegos*, t. 1, p. 52.

(2) EGGER, *Memoria sobre los tratados públicos en la antigüedad*, p. 20, s.

(3) L. 4, D. 47, 22. La piratería sancionada por uno de los siete sabios ha sublevado de tal manera los ánimos, que se ha creído que Solon se refería á los armamentos en curso contra los enemigos (BYNKERSKOEK, *Observat. Juris*, I, 16); pero en el derecho de gentes de la antigüedad, todos los pueblos extranjeros eran enemigos, á ménos que se estableciese la paz por algun convenio (véase el t. I de mis *Estudios*).

(4) CORN. NEP., *Themist.*, c. 21.

(5) Los Dolopes despojaban hasta á los extranjeros que llegaban á traficar con ellos (PLUTARCH., *Cimon*, c. 8).

(6) JUSTIN., XLIII, 8.—HEROD., VI, 17.—PAUSAN., X, 8, 6.—HEROD., III, 39.

(7) THUCYD., IV, 50, 75.

expedición los enriquecería. Milciades se presentó en Páros, y exigió á sus habitantes cien talentos, amenazándoles, en caso de negativa, con tomar por asalto la ciudad (1). Para cohonestar aquella violencia, pretextó que los de Páros habían ayudado á los Persas. Cuando su poder aumentó, los Atenienses no se cuidaron de alegar excusas: la necesidad de dinero y el derecho del más fuerte les parecían razones suficientes (2).

Los reyes y los tiranos se valían de los mismos medios para suplir la falta de sus tesoros. Filipo de Macedonia adquirió, despojando á los comerciantes, parte de las riquezas que necesitaba para corromper á los Griegos. Agatócles, Dionisio, Nabys (3) practicaron francamente la piratería. Sin embargo, la esclavitud era más que el deseo del botín lo que daba motivo á la piratería. Desde la más remota antigüedad pinta Homero á los corsarios fenicios apresando hombres para venderlos. Filósofos célebres, como Platon, Diógenes, perdieron de este modo su libertad; el primero fué rescatado por sus amigos; el segundo, segun Barthélemy, continuó cautivo, y enseñó á los hijos de su amo á ser virtuosos y libres (4). Como el lujo hacia más necesarios los esclavos, la guerra no bastaba para abastecer los mercados; los piratas se encargaron de suplir esta falta (5). De aquí resultó que la piratería, en lugar de disminuir con los progresos de la civilización, aumentó de día en día. En los últimos tiempos de la república romana, llegó á ser una verdadera potencia; los piratas disputaron á Roma el imperio de los mares. Sin embargo, entonces tuvo lugar un considerable cambio de ideas respecto de la piratería. Roma no tenía marina; los corsarios turbaban el comercio, y venían á insultar á los señores del mundo en la misma Italia. Los Romanos no pudieron considerar á aquellos atrevidos piratas más que como bandoleros. Rechazaron la piratería como un atentado contra el

(1) HEROD., VI, 132 y sig.

(2) Véase el ejemplo de Alcibiades, en XENOPH., *Hell.* I, 4, 8.—BOECKH, *Economía política de los Atenienses*, t. II, p. 443.

(3) JUSTIN., VIII, 3; XXII, 1.—DIODOR., XIV, 64.—LIV., XXXIV, 36.—POLYB., XIII, 8, 2.

(4) BARTHÉLEMY, *Viaje del joven Anacarsis*, cap. VI.

(5) STRAB., XIV, p. 460.

derecho de gentes, y declararon á los que la ejercían enemigos del género humano (1). Los Griegos, por el contrario, consideraban la piratería como una especie de guerra que no tenía nada de ilegítima; prueba inequívoca de que no se habían elevado á la noción de un derecho que rigiese las relaciones de los pueblos. De hecho Grecia estuvo siempre sometida al imperio de la violencia, y el hecho llegó á erigirse en teoría. Verémos que Esparta y Atenas profesaban sin rodeos el derecho del más fuerte, y que una escuela filosófica sostenía que es ley natural que el fuerte venza al débil. En vano Platon opuso su ideal de justicia á esta subversiva doctrina; los sofistas tenían á su favor el sentimiento general.

### § II.—Derecho de guerra.

«Las repúblicas democráticas, dice Demóstenes, luchan entre sí por el poder y por la gloria; pero contra las oligarquías combaten por la existencia y por la libertad. Entre pueblos libres la paz es fácil; con los gobiernos oligárquicos es imposible: ¿puede alguna vez haber armonía entre la pasión de dominar y la igualdad?» (2). Estas palabras del gran orador nos descubren el mal que devoraba á la Grecia. Hemos visto á las repúblicas desgarradas por las facciones de la aristocracia y de la plebe: estos mismos elementos hostiles, que se hacían una guerra á muerte en el interior de cada ciudad, reaparecen en los campos de batalla de los pueblos. Esparta agrupa en torno suyo las repúblicas dorias organizadas aristocráticamente; Atenas se pone á la cabeza de las ciudades democráticas. Las causas que ensangrentaban y perpetuaban las luchas de los partidos, influían igualmente sobre las hostilidades de los Estados. Luchaban con el furor que distingue á las discordias civiles. No todas las guerras fueron guerras de principios;

(1) CICER., *de Rep.* III, 23; *Verrin.*, II, 5, 30.—PLIN., H. N.; II, 45 (46).—FLO-RUS, III, 7.—L. 24, D., XLIX, 15.

(2) DEMOSTH., *pro Rhodior.*, lib. XVII, p. 195.

pero en todas aparece el encarnizamiento que induce al vencedor á abusar de la victoria, lo cual hace la paz imposible. Las grandes enemistades, dice Tucídides, pueden terminar con una paz duradera cuando el vencedor es generoso é impone á los vencidos condiciones moderadas (1): desgraciadamente los Griegos no conocían esta moderación. El que vencía en el campo de batalla y el que triunfaba en el interior de una ciudad no buscaban la conciliación de opuestos intereses, sino la dominación; imponían condiciones intolerables, contra las cuales el vencido tenía que sublevarse en cuanto tenía fuerzas para ello.

La devastación del territorio enemigo era cosa corriente; veíase en esto un medio de obligar á su enemigo á pedir la paz (2). No se limitaban á recoger los frutos anuales de la tierra; cortaban los árboles, arrancaban las viñas. Se cuenta que en una guerra entre Corinto y Megara se convino en no molestar á los labradores (3): es tan contrario este convenio á la costumbre universal de los Griegos, que casi parece fabuloso. Hasta las ciudades perecían. La destrucción de Cirra, ordenada por los Anfíctiones, inaugura la larga serie de ruinas con que cubrieron los Helenos el suelo de su patria. Los de Elide y los de Pisa se disputaban la dirección de los juegos olímpicos; Pisa sucumbió y fué demolida; los destructores lo hicieron tan de veras que desapareció todo vestigio de la rival de Elide; en tiempo de Estrabón se dudaba si había existido (4). Micenas, el antiguo centro de los Pelópidas, fué también víctima del odio de las ciudades inmediatas; los muros ciclópeos arrojaron el furor de los demolidores, y manifiestan aún hoy el poder de las antiguas poblaciones pelásgicas y la animosidad de sus vencedores (5). La suerte de Micenas demuestra que ni la antigüedad ni la gloria alcanzaban á salvar una ciudad: el mismo siglo que presencié el heroico sacrificio de los Ateníenses vió á los Griegos deliberar sobre la demolición de Atenas; fué necesario que el dios de Delfos les hiciera volver en sí. Cuando

(1) THUCYD., IV, 19.

(2) XENOPH., *Hellen.*, IV, 6, 13.—THUCYD., I, 81.

(3) PLUTARCH., *Quæst. græc.*, XVII.

(4) PAUSAN., VI, 22, 2, 3.—STRAB., VIII, p. 245, ed. Casaub.

(5) DIODOR., XI, 67.—PAUSAN., II, 16, 5 y sig.

Tébas se atrevió á levantarse contra Alejandro, los Griegos se echaron sobre ella como aves de rapiña; no quedó de la ciudad de Cadmo más que una ciudadela y algunos pocos habitantes para perpetuar su nombre y el recuerdo de la furia destructora de los Helenos (1). La consanguinidad y la proximidad, en lugar de recordarles que debían considerarse como hermanos, sólo servían para provocar la pasión de la envidia. Los Cretenses destruyeron una ciudad cretense; sus habitantes habían salido para hacer la guerra; cuando volvieron encontraron arruinada su ciudad (2). En la desdichada Sicilia los Bárbaros completaron la obra de los Griegos; la mayor parte de sus ciudades no existían ya cuando fué conquistada por Roma. Los Romanos aumentaron todavía aquellas ruinas; pero una vez vencedores, detuvieron la obra de destrucción: un historiador griego declara que la Grecia hubiera perecido si no hubiera sido conquistada (3).

La devastación y la destrucción estaban justificadas por ser uso general de la antigüedad; pero los Griegos eran culpables por ser un pueblo de hermanos. Pero solamente nosotros tenemos conciencia de su fraternidad; los Helenos se odiaban entre sí como extranjeros. ¿Nos admiraremos de que en sus guerras hayan usado del terrible derecho del vencedor? Otro cargo se les puede dirigir con más fundamento, y es el de la deslealtad. Un compilador griego que escribía bajo el Imperio romano, creyó hacer una cosa útil reuniendo todo cuanto había leído en los autores sobre estratagemas. Polieno no duda de la legitimidad de las acciones más contrarias á la buena fe; refiere las pérfidas crueldades de Dionisio y de Agatocles como astucias de guerra y sin aplicarles la menor censura. Si quisiéramos hacer la acusación de los Helenos, la encontraríamos hecha en el libro de Polieno. Los Romanos figuran poco en él, y entre los Griegos, los Espartanos, tan celebrados, son los que sobresalen por su desprecio de la fe jurada. Mas adelante volveremos á ocuparnos del derecho de gentes de Esparta: aquí presentaremos algunos rasgos que caracterizan á toda la nación.

(1) PAUSAN., VIII, 33, 2.

(2) POLYB., IV, 53, 4; IV, 54, 1-5.

(3) STRAB., IV, p. 188.—POLYB., XI, 5, 12.

Nicias era uno de los hombres respetables de la Grecia; era amigo de la paz, y emprendió contra su voluntad la funesta expedición de Sicilia, de la cual data la decadencia de Atenas. Fué desgraciado como general; y siendo perseguido por el Lacedemonio Gilipo, le envió un heraldo, manifestándole que estaba dispuesto á someterse y á prestar juramento. Gilipo se detuvo, y Nicias abusó de su buena fe para ocupar una posición ventajosa y emprender de nuevo las hostilidades (1). Aun hay otra cosa más vergonzosa que esta violación descarada de los tratados, y es la interpretación que la conciencia moderna ha condenado con el nombre de jesuítica. No han sido los jesuitas los que han ideado las reservas mentales; el honor ó la infamia de semejante invención corresponde á la antigüedad. Los ejemplos abundan en Polieno; los Espartanos principalmente sobresalen (2); pero tampoco los demás se quedan atrás en la triste ciencia de engañar al enemigo interpretando forzosamente los juramentos. Timoleon hacía la guerra á un tirano que, faltando á la fe jurada, había inmolado varias veces á sus enemigos; Mamerco se rindió y el vencedor se obligó bajo juramento á no sostener su acusación ante el pueblo de Siracusa. En cuanto llegaron á Siracusa le dió muerte, diciendo: «He jurado no ser su acusador y cumplo mi palabra; pero justo es que el que ha engañado á tantas personas perezca á su vez por medio de la astucia» (3). Plutarco coloca á Timoleon por encima de todos sus contemporáneos, incluso Epaminondas; el ideal de la vir-

(1) POL., I, 39. No mostró más delicadeza Alcibiades en sus relaciones con el enemigo (POL., I, 40, 4, 5). Otro ateniense ponía sitio á Bizancio; los habitantes temían que la ciudad fuese tomada por asalto y prometieron entregarse en un plazo determinado: Thrasylo aceptó los rehenes, pero aprovechando la noche se apoderó de una ciudad que estaba sin defensa, porque se creía protegida por un tratado (POL., I, 47, 2).

(2) Thibron, general lacedemonio, ponía sitio á una fortaleza en Asia; indujo al jefe á que saliese para celebrar un tratado, prometiéndole volverle á conducir á la fortaleza si no llegaba á haber avenencia. La guarnición dejó de estar sobre las armas durante la entrevista, y los Lacedemonios aprovecharon esta negligencia para tomar por la fuerza la ciudadela. Thibron, fiel á la letra de su juramento, condujo al general enemigo á la fortaleza, y allí le hizo morir. Su conciencia estaba satisfecha; no le había prometido la vida (POL., II, 19).

(3) POLYAEN., V, 12, 2.—C. PLUTARCOH., *Timol.*, 10. PLUTARCO refiere una astucia que Timoleon empleó con los Cartagineses, y que prueba que los antiguos no se creían obligados á la buena fe respecto de sus enemigos.

tud antigua se había encarnado, digámoslo así, en el héroe de Corinto, y, sin embargo, es culpable de una acción que, por lo atroz, quisiéramos poner en duda. Y esto consiste en que el heroísmo de los antiguos se concentraba en la ciudad. Timoleon mata á su hermano por amor á la patria; pero no debe nada al enemigo, no debe nada á un tirano. Alejandro es el genio más humano de la antigüedad; quería borrar la distinción entre Griegos y Bárbaros; sin embargo, faltó á la palabra dada al enemigo (1). A veces encontraremos más generosidad en el pueblo que en la monarquía ó en la aristocracia; pero la mala fe corrompe el genio de toda la nación. Los Locrios habían prometido fidelidad á un tratado, «mientras llevasen erguidas sus cabezas y hollasen la tierra.» Al día siguiente de este juramento degollaron á todos sus enemigos, para lo cual cuidaron de ocultar sus cabezas bajo sus túnicas y de poner tierra en su calzado (2).

El derecho de guerra era tan bárbaro como pérfido. Lo que hoy consideramos como un trato cruel era entonces una merced del vencedor. Pocas eran las capitulaciones que concedían la vida y la libertad á los vencidos, con la condición de ceder sus bienes al vencedor, y ménos aún las que se limitaban á exigir la destrucción de las fortificaciones, la entrega de las naves y el pago de un tributo (3). Lo más frecuente era la expulsión de los habitantes de las ciudades conquistadas (4); los historiadores citan como una honrosa excepción la conducta de Timoteo, el cual, después de haberse apoderado de Corcira, no redujo á la esclavitud á sus habitantes, no los expulsó ni los privó de sus leyes (5). Esto nos manifiesta cuál era la conducta habitual del vencedor: todos los habitantes del país enemigo, hombres, mujeres y niños, eran reducidos á esclavitud (6). Tal era el derecho común. Por este

(1) POLYAEN., IV, 3, 20.

(2) IBID., VI, 22.

(3) XENOPH., *Hell.*, II, 3, 6.—THUCYD., I, 101, 108, 117.

(4) Esto es lo que los Griegos llamaban ἐξελάνειν, ἐξοικίσειν, διοικίσειν, etc. La riqueza de los términos para expresar la expulsión, dice WACHSMUTH, demuestra que esta costumbre era muy frecuente entre los Griegos (WACHSM., t. II, p. 399, nota 256).

(5) XENOPH., *Hellen.*, V, 4, 64.

(6) POLYB., II, 58, 10.

concepto no había ninguna diferencia entre las diversas tribus helénicas: los Atenenses, los Espartanos, los reyes de Macedonia y los Tebanos, vendían como esclavos á sus mismos hermanos á los Griegos. Después de la toma de Olintia, Filipo repartió los cautivos entre sus amigos; éstos, siendo Helenos, no se avergonzaron de aceptar semejante favor de aquél á quien consideraban como bárbaro. En el derecho de guerra del Oriente hemos indicado la horrible costumbre de mutilar á los vencidos. Los Griegos no incurrieron en esta bárbarie; sin embargo, como para probar cuán lentos son los progresos de la humanidad, el pueblo más humano de la Grecia imprimió estigmas en la frente de los cautivos de Samos (1), y decretó que se cortase el pulgar derecho á los prisioneros de guerra (2). Un oscuro compilador ha sentido rubor al referir estos hechos: invoca á Júpiter, á Minerva y á todos los dioses de la Grecia, y exclama «que quisiera que no se hubiesen dado semejantes decretos; y que no pudieran echarse en cara semejantes actos al pueblo ateniense» (3).

### § III.—De la humanidad en la guerra.

#### N.º 1.—*El helenismo.*

Los Griegos, como todos los pueblos antiguos, no conocían la verdadera humanidad. Ésta no existía ni en la familia; el padre disponía de la vida de los hijos. Tampoco la había en la ciudad; verdad es que las leyes no prescribían con frecuencia la mutilación como en las legislaciones del Oriente, pero estaban escritas con

(1) Según PLUTARCO, la figura de un navío. Los de Samos, por represalia, estamparon en la frente de los prisioneros atenienses la figura de un mochuelo (PLUT., *Pericl.*, 26).

(2) A fin de que no pudiesen servirse de la pica (PLUT., *Lysand.*, 9.—C. CICER., *de offic.*, III, 11). El mismo hecho, con otras circunstancias, y como acaecido en otros tiempos, es referido por JENOFONTE (*Hellen.*, II, 1, 31).—GROTE (*History of Greece*, t. VIII, p. 298) se funda en esta contradicción de testimonios para negar la existencia del decreto en cuestión.

(3) AELIAN., V. H., II, 9.

sangre (1). La más bárbara de las penas, la del talion, era considerada como el ideal de la justicia en la escuela de Pitágoras; Solón y Carondas la sancionaron (2). Se aplicaba la tortura á personas inocentes para arrancarles el testimonio de la verdad (3). La educación de los Griegos no los predisponía á sentimientos de dulzura y compasión. Montesquieu dice que los ejercicios gimnásticos convertían á los Helenos en una sociedad de atletas y de combatientes; en estas disposiciones del carácter nacional encuentra la razón de la importancia que los legisladores y los filósofos griegos concedían á la música: la armonía debía dulcificar las costumbres rudas y salvajes de la nación (4). Unos hombres, que tenían necesidad de los dulces acordes de la música para atenuar la dureza natural de su carácter, debían olvidar fácilmente esta lección de humanidad en el ardor de los combates.

Sin embargo, comparando los Helenos con las demás naciones, habremos de reconocer en ellos gérmenes de la virtud de que carecía la antigüedad. Hasta en su lenguaje expresaban su pretensión de distinguirse de los Bárbaros por el sentimiento de la compasión (5). La comparación de la religión griega con los cultos extranjeros demuestra la humanidad de la raza helénica. Según la tradición, la Grecia fué iniciada en la cultura intelectual por un pueblo que practicaba los sacrificios humanos con crueldad rara, á un

(1) El orador LICURGO dice que todas las antiguas legislaciones tenían la severidad de las leyes de Dracon (c. *Leocrat.*, 183, § 65, ed. Bekk.).

(2) ARIST., *Ethic. Nicom.*, V, 8.—DIODOR., XII, 17.

(3) Véase el tomo I de mis *Estudios*.

(4) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, IV, 8. El testimonio de POLIBIO confirma la opinión de MONTESQUIEU. El historiador griego explica extensamente las causas que hicieron de los Cinetenses los hombres más feroces; según él, los Arcadios, habitando un país salvaje, tenían más necesidad que los demás Griegos de la acción bienhechora de la música; los Cinetenses se entregaron á actos de una ferocidad inaudita por haber abandonado el ejercicio de este arte (POLYB., IV, 20 y sig.).

(5) Ἑλληνικὸς, ποιεῖν ἑλληνικά quiere decir obrar con humanidad (AELIAN., V, H., III, 22; V, 11). LIBANIUS dice que el sentimiento de humanidad es el que distingue á los Griegos de los Bárbaros (*Orat.* XII, *ad Theodos.*, t. II, p. 391, C. ed. Morell). Los Romanos mismos reconocían esta virtud en los Griegos (LIV., XXVII, 30). Pueden atribuirse á la Grecia entera las bellas palabras de Foción de «que la misericordia ocupa en el corazón humano el lugar que el altar en los templos» (STOB., *Floril.*, I, 31).

en aquella edad de barbárie. Los sabios atribuyen á las relaciones de los Griegos con los Fenicios el uso de tan horribles sacrificios. Se ven ejemplos en los tiempos primitivos, y se encuentran vestigios hasta en los siglos históricos (1). Sin embargo, la inmolacion de los tres prisioneros persas ántes de la batalla de Salamina no fué más que uno de esos accidentes que ocurren en las naciones más humanas; momentos de crisis, en los cuales las pasiones sobreexcitadas no escuchan la voz de la naturaleza. Desde entónces la sangre humana no ha vuelto á manchar los altares de la Grecia; éste es uno de los caracteres distintivos de la nacionalidad helénica (2). Hicieron más aún los Griegos: como pueblo civilizador, difundieron sus humanos sentimientos entre las naciones bárbaras; Gelon impuesto á los Cartagineses como condicion de paz la prohibicion de ofrecer sacrificios humanos (3). Montesquieu, al ocuparse de este tratado, que considera como el más bello de que hace mencion la historia, dice: «¡Cosa admirable! Despues de haber derrotado á 30.000 Cartagineses, exigia una condicion que no era útil más que para éstos, si ya no es que estipulaba á favor del género humano.»

La Grecia aparece tambien superior á los Bárbaros en la guerra. Aun cuando el derecho de gentes de los pueblos teocráticos esté cubierto de misterios, las señales de sangre que aparecen en los monumentos del Egipto manifiestan que no es la humanidad la virtud del sacerdocio. Si los conquistadores de la India perdonaron la vida á los vencidos, fué á condicion de abdicar para siempre la dignidad de hombre y caer en las castas inferiores. La conquista de la Palestina es una de las páginas más sangrientas de la historia, y la crueldad se conservó como un carácter distintivo en la raza israelita; es un lunar de sus mayores héroes. Los Nómadas del Alta Asia exterminaban á los vencidos ó los mutilaban, los trasplantaban, los agobiaban con impuestos y cargas. En cuanto á los pueblos comerciantes, traficaban con la vida como con una

(1) RAOUL ROCHETTE, *Historia de las colonias griegas*, t. I, p. 75, 104.—BOETTIGER, *Kunstmythologie*, t. I, p. 355 y sig.

(2) BOETTIGER, *Kunstmythologie*, t. II, p. 16.

(3) PLUTARCH., *reg. apophthegm., Gelon.*, núm. 1.

mercancía: eran atroces más á sangre fria que los Bárbaros (1). Con los Helenos aparecieron sentimientos más dulces.

Los Griegos eran todavía bárbaros cuando aparecieron en la escena del mundo. Pero bien pronto se desarrollaron los gérmenes de humanidad que la Providencia habia depositado en su raza, y produjeron en algunos hombres esas virtudes casi ideales que les han valido la admiracion de la posteridad. Más adelante tendremos ocasion de apreciar el genio humano de Epaminondas y de Alejandro. Hemos citado un rasgo de la vida de Timoleon, reprobado por la conciencia moderna, pero la justicia exige que le juzguemos bajo el punto de vista de los antiguos. Los testimonios de los historiadores le exaltan unánimemente: «La victoria no le parecia bella sino á condicion de que la clemencia tuviera en ella más parte que la crueldad. Demostró su habilidad y su valor contra los Bárbaros y los tiranos, su justicia y su dulzura con los Griegos y sus aliados; los trofeos que erigió casi nunca costaron á sus conciudadanos lágrimas ni duelo» (2). Habia un pueblo que se distinguia por su patriotismo feroz y por un valor mezclado con cierta dureza de alma; sin embargo, Esparta fué la patria de Callicratidas, «comparable con los más grandes hombres de la Grecia», segun Plutarco (3). El héroe lacedemonio inauguró en su corta carrera un nuevo derecho de gentes. Como sus aliados le instasen para que vendiese los prisioneros, declaró que bajo su mando ningun Griego sería reducido á esclavitud (4).

## N.º 2. — *El derecho fecial.*

La humanidad no era propiedad exclusiva de algunos hombres; resultó de los esfuerzos de la nacion para moderar los horrores de la guerra. Los Griegos sentian instintivamente que, siendo hermanos, debia reinar entre ellos la paz, y que, si la guerra turbaba esta armonía, debia, por lo ménos, tener sus leyes y sus límites.

(1) Véase el tomo I de mis *Estudios*.

(2) CORN. NEP., *Epam.*, c. 4.—PLUTARCH., *Timol.*, c. 37.

(3) PLUTARCH., *Lysand.*, 7.

(4) XENOPH., *Hell.*, I, 6, 14.

En las tentativas hechas por los Griegos para limitar y someter á reglas los derechos del vencedor, encontramos una primera manifestacion del sentimiento de la unidad humana. No miremos con desden estos débiles esfuerzos; la antigüedad no podia realizar en el dominio de las relaciones internacionales la idea de la fraternidad, concebida apénas en la esfera del pensamiento.

En los pueblos bárbaros la guerra es un poder desordenado, semejante á uno de esos trastornos de la naturaleza física, cuyas leyes ignoramos. Entre los Griegos la guerra empieza á tener reglas; verémos que estas reglas se desarrollan en Roma y forman un verdadero procedimiento internacional bajo la sancion de la religion. En Grecia se encuentran los gérmenes del derecho feacial de los Romanos. Se mandaban al enemigo embajadores ó heraldos para pedir satisfaccion de la injuria; no se declaraba la guerra hasta despues de haber fracasado las tentativas de conciliacion. En los siglos heróicos se observaba ya esta práctica. Menelao y Ulises fueron á reclamar á Elena, y solamente despues de la negativa de Priamo es cuando los Griegos resolvieron apelar á las armas para obtener venganza del atentado de Páris (1). La tradicion concede á este uso mayor antigüedad aún: se dice que en la guerra de Tébas los Griegos aliados de Polinice comisionaron al audaz Tideo para que pidiera á Eteocles que atendiera sus justas reclamaciones (2). En aquella edad de violencia no era de esperar que los heraldos obtuviesen con frecuencia la reparacion de la injuria; apénas era respetado su carácter sagrado. En la asamblea de los Troyanos se presentó la proposicion de condenar á muerte á los embajadores que habian osado exigir una satisfaccion por el crimen de haber violado la hospitalidad (3). Sin embargo, se hacía esta primera tentativa á fin de evitar las sangrientas contiendas de los pueblos; si no daba resultado, la guerra quedaba legitimada.

Los pueblos griegos ensayaron tambien procedimientos amistosos para poner fin á las hostilidades que los dividian. Emplearon

(1) ILIAD., v, 804; x, 286; III, 205.

(2) STATIUS, *Theb.*, II, 368.

(3) ILIAD., XI, 140 y sig.

el arbitraje en sus contiendas internacionales: este es un gran paso hácia la solucion pacífica de las cuestiones que surgen entre los pueblos. Pantárce, célebre atleta, restableció la paz entre los de Elea y los Aqueos: Pausánias nos ha hecho conocer una de las condiciones del convenio: los prisioneros hechos por ambas partes fueron puestos en libertad. Los Arcadios y los de Elide disputaban acerca de sus fronteras y sometieron la cuestion á Pitalo, vencedor en los juegos olímpicos. Simónides restableció la paz entre Hieron de Siracusa y Theron de Agrigento, cuyos ejércitos estaban á punto de venir á las manos (1). La eleccion de los árbitros (2) es un rasgo característico de la raza griega: los vencedores coronados con el pacífico laurel y los poetas tenian entre los Helenos la influencia que en otros partes se concede á la nobleza ó al poder. Plutarco refiere un arbitraje memorable por el nombre del gran legislador que figura en él, y por los medios de que se valió para sostener la causa de su patria. Aténas y Megara se disputaban la posesion de Salamina; ambas repúblicas, acaso por inspiracion de Solon, eligieron por árbitros á los Lacedemonios. Se dice que el legislador ateniense alegó la autoridad de Homero para probar el derecho de Aténas: los oráculos de la Pitonisa pesaron, sin duda, más en el ánimo de los Espartanos, que decidieron la cuestion á favor de la ciudad de Minerva (3). Pero la decision de los árbitros no puso fin á las cuestiones que dividian á ambos pueblos. Por lo cual el arbitraje no fué más eficaz que el derecho feacial para evitar las hostilidades ó para terminarlas.

El amor á la paz hizo ensayar otro medio más para contener la sangre que se derramaba en Grecia. Se ha dicho que las guerras eran los duelos de las naciones: ¿por qué, pues, hacer extensivas á pueblos enteros las desgracias de una lucha, que generalmente tiene su origen inmediato en pasiones individuales? Los Griegos se arman para vengar la hospitalidad violada por Páris; despues

(1) PAUSAN., VI, 15, 2; VI, 16, 8.—SCHOL. PINNAR., *Olymp.*, II, 29.

(2) Encuéntranse tambien ejemplos de arbitrajes confiados á ciudades. Muchas veces se sometian á la decision del oráculo de Delfos (SCHOEMANN, *Antiquitates juris publici Græcorum*, p. 367).

(3) PLUTARCH., *Solon.*, 10. Véanse otros ejemplos de arbitraje entre Aténas y Mitilene (HEROD., v, 95), entre Tébas y Aténas (HEROD., VI, 108). C. EGGER, *Memorias sobre los tratados*, p. 40 y sig.

de un largo sitio el raptor propone terminar la contienda de los dos pueblos mediante un combate con Menelao. Esta proposición fué recibida con júbilo en el campamento de los Griegos; pero el Destino exigía la ruina de Troya, y los dioses mismos rompieron la tregua (1). Según una tradición conservada por Herodoto, los Heráclidas propusieron decidir por medio de un combate singular á quien correspondía el dominio del Peloponeso. Se estipuló, mediante juramento, que los Heráclidas recobrarían la herencia de sus padres, si Hylo vencía al jefe de los Peloponenses; y que, si era vencido, los Heráclidas se retirarían, y durante cien años no tratarían de volver á entrar en el Peloponeso (2). Hylo perdió la vida, mas no por eso dejó la invasión dorica de trastornar la Grecia hasta sus fundamentos. También en los tiempos históricos se encuentran tentativas para limitar las hostilidades á un corto número de combatientes. Los de Argos y los Espartanos se disputaban un territorio de la Argolida; se convino en dar un combate de trescientos hombres por cada parte. No sobrevivieron más que dos Argivos y un Lacedemonio: los primeros corrieron á Argos á anunciar su victoria, el segundo permaneció en su puesto y despojó á los enemigos muertos en el combate. De aquí resultó que los dos ejércitos se atribuyeron la victoria: los Argivos, porque el número estaba de su parte; los Espartanos porque su campeón había defendido el campo de batalla; habiéndose alterado los ánimos en la disputa, los dos ejércitos vinieron á las manos (3).

N.º 3.—*Influencia de las letras, de la hospitalidad y de la religión.*

Las tentativas de los Griegos para evitar las hostilidades ó para contenerlas no podían tener buen resultado. Tenían ciertamente el deseo de la paz; pero la sociedad antigua no conocía las ocupaciones pacíficas que hacen de la paz una necesidad; la guerra era la condición de su desarrollo: así es que puede decirse que apenas hubo tregua en el mundo griego. Los Helenos, ya que no podían sustituir la guerra con el derecho y los tratados, dirigieron sus es-

(1) ILIAD., III, 67 y sig.

(2) HEROD., IX, 26.

(3) IBID., I, 82.

fuerzos á hacerla más humana. Este trabajo no fué debido á la reflexión; fué el resultado espontáneo de la tendencia irresistible que conduce progresivamente al género humano hácia un estado de paz. Los Griegos desempeñan en esta grande obra un bello papel. Este pueblo artista es quizá el único en cuyo seno las letras han tenido poder bastante para desarmar á un vencedor irritado. Después de la desastrosa expedición de Sicilia, los prisioneros atenienses que volvieron á su patria fueron á saludar con reconocimiento á Eurípides, diciéndole unos que habían alcanzado la libertad, enseñando á sus amos las obras del poeta; otros que, encontrándose errantes después del combate, habían hallado hospitalidad cantando sus versos (1). Cuando el odio de los Griegos obligó á Alejandro á destruir la antigua ciudad de Tébas, el héroe macedonio recordó que se encontraba en la patria del poeta divino que había inmortalizado á los vencedores de los juegos olímpicos; en medio de aquellas ruinas la casa de Píndaro quedó en pié, y el jóven conquistador tributó honores á sus descendientes (2).

A veces los lazos de la hospitalidad, respetados ante los muros de Troya por Diómedes y Glauco, inspiraban sentimientos de humanidad á los combatientes. El saqueo de la ciudad de Priamo fué manchado con crueles sacrilegios; pero el furor de los vencedores se detuvo ante la señal de la hospitalidad que Menelao y Ulises habían dejado á su generoso huésped; en aquella ruina universal la casa de Antenor fué respetada (3). En medio de las luchas, muchas veces atroces, que ensangrentaron el Peloponeso durante veinte y ocho años, consuela el encontrar algunos, aunque pocos, rasgos de humanidad. Pericles y Arquidamo estaban unidos por relaciones de hospitalidad; de aquí que el Rey de Esparta respetase las tierras de su huésped en las devastaciones periódicas que acompañaban á las invasiones de los Dorios. Pericles, temiendo que estas consideraciones lo hiciesen sospechoso á sus conciudadanos, anunció á la asamblea del pueblo que entregaba al público sus

(1) PLUTARCH., *Nic.*, 29.

(2) AELIAN., V. H., XIII, 7.

(3) PAUSAN., X, 27, 3.

tierras y casas de campo. Agesilao se negó á admitir el mando de la expedicion de los Espartanos contra Mesenia, en atencion á los servicios que los Mesenios habian prestado á su padre. Despues de la toma de Tébas, Alejandro fué el único que se mostró generoso en medio de los Griegos irritados; su padre, siendo niño, habia sido rehen en Tébas; el vencedor libró de la esclavitud no solamente á los huéspedes de Filipo, sino tambien á sus parientes (1).

Corta era la influencia que la hospitalidad y las letras podian ejercer sobre la guerra. La accion de la religion fué más poderosa. La Grecia estaba cubierta de edificios erigidos á los dioses por el sentimiento religioso y por el genio de las artes. Todos aquellos lugares eran otros tantos asilos que contenian la venganza del vencedor. El respeto de los templos estaba profundamente grabado en la conciencia nacional (2). Mas de una vez los oráculos hicieron oír su voz para declarar que los suplicantes eran inviolables; el solo pensamiento de violar el derecho de asilo era un crimen (3). Los Griegos estaban persuadidos de que los culpables sufrían la venganza divina. El espartano Cleomenes habia sacado á los Argivos de un bosque sagrado y los habia pasado al filo de la espada; fué acometido de un furor espantoso y tuvo una muerte horrible; vióse en esto un castigo divino (4). Los Lacedemonios, culpables de un atentado análogo, fueron castigados con un temblor de tierra, que no dejó en pié ni una sola casa (5). Pero pocas veces el furor de los combates hizo á los vencedores olvidar la obediencia que debían á los dioses. Júpiter de Dodona habia pronúnciado á los Atenenses el siguiente oráculo: «Respetad el altar humeante de las Eumenides y el Areópago cuando los Lacedemonios venci-

(1) THUCYD., II, 13.—XENOPH., *Hell.*, v, 2, 3.—AELIAN., V. H., XIII, 7.

(2) *IBID.*, IV, 97.—DIODOR., XIX, 63.—POLYB., v, 9-11.

(3) HEROD., I, 157-159. El Lydio Pactyas, despues de haberse sublevado contra los Persas, se vió obligado á buscar un refugio en Cyrna. Ciro pidió que se le entregase el rebelde. El oráculo, consultado por los de Cyrna, dió una respuesta favorable á los Persas. Esta inesperada decision admiró á los Griegos; enviaron nuevos diputados que recibieron la misma respuesta; uno de ellos oyó una voz que salía del santuario que explicó el sentido del oráculo: el dios indignado habia aconsejado un sacrilegio á los de Cyrna, á fin de castigarlos por haberse atrevido á consultar al oráculo para saber si debían entregar á los asilados.

(4) HEROD., VI, 75-80.

(5) PAUSAN., VII, 25, 3.—C. JUSTIN., XX, 2.

dos se refugien allí. No violéis el asilo cortando su vida con el hierro; el que acude al templo es sagrado.» Los Atenenses tuvieron presente esta respuesta cuando el sacrificio de Codro obligó á los Dorios á retirarse del Ática; parte de los Lacedemonios habian avanzado hasta la ciudad; viéndose abandonados, se refugiaron en un templo y en él hallaron su salvacion (1). En la guerra implacable que los Espartanos hicieron á los Mesenios y á los Plo-tas sublevados, respetaron el asilo de Júpiter (2).

Al recomendar la inviolabilidad de los asilos, parecia que los oráculos se ocupaban más de los intereses de la religion, cuyos órganos eran, que de los del bien general. Pero no olvidemos que los primeros sentimientos de los pueblos se manifiestan bajo la forma religiosa; el derecho de asilo no es un privilegio sacerdotal, es la voz de la humanidad que habla por boca de las sacerdotisas de Delfos. Los Milesios habian cometido crueldades inauditas en sus guerras civiles; el oráculo se negó á escucharlos, á pesar de que daba sus respuestas á todos los que lo consultaban, incluso á los Bárbaros; esta negativa era como una especie de excomunion en el paganismo (3). Segun la creencia religiosa de los Griegos, el dios de Delfos era el supremo mediador de sus altercados (4); si su voz no fué bastante poderosa para calmar las funestas disensiones de los Helenos, por lo ménos alcanzó á veces á remediar el mal que no habia podido impedir. Los Atenenses, usando del derecho riguroso del vencedor, expulsaron de su patria á los habitantes de Délos; el oráculo les hizo presentes las desgracias que tambien ellos habian sufrido en la guerra. Este recuerdo de la triste condicion de los hombres movió á compasion á aquel pueblo, que se dejaba fácilmente arrebatar por la cólera, pero que con la misma facilidad volvia á sentimientos más generosos; y devolvió á

(1) PAUSAN., VII, 25, 1, 2.

(2) THUCYD., I, 103.—C. PAUSAN., IV, 24, 7.

(3) HERACLID. PONT., ap. *Athen.*, XII, 26. Los habitantes de Amatunta habian cortado la cabeza de Onesilo, que los habia sitiado, y la habian clavado en una de las puertas de la ciudad. El oráculo les ordenó que enterrasen la cabeza, y para expiar su barbárie, digna de un pueblo de salvajes, tuvieron que ofrecer sacrificios anuales á Onesilo como á un héroe (HEROD., v, 114).

(4) BROUWER, *Historia de la civilizacion griega*, t. IV, p. 160.

los infortunados habitantes de Délos la posesion de su isla (1).

El paganismo no se elevó hasta la idea de la paz, porque no tenía conciencia de la fraternidad humana. Hay, sin embargo, en el fondo de toda religion un horror natural á la guerra, porque toda religion es una comunión más ó ménos extensa de hombres. El politeísmo griego consagró las fiestas de los Helenos, y quiso que, al ménos en aquellos cortos instantes, se considerasen como hermanos. Aquel mismo temor de los dioses que protegía los juegos olímpicos y el territorio de Elide puso ciudades enteras al abrigo de los males de la guerra. La pequeña ciudad de Alalcomenea en Beocia estaba situada en una llanura; nunca fué devastada, á pesar de no hallarse fortificada, porque el respeto de Minerva le sirvió de defensa y le proporcionó una profunda paz (2). Día vendrá en que toda la tierra será santa como templo del Eterno, y en que los hombres temerán mancharla con sangre humana, de la misma manera que los Griegos respetaban el santuario. Ya hoy la filosofía considera la paz como una ley que rige tanto á los pueblos cuanto á los individuos. En la antigüedad los más atrevidos pensadores no podían remontarse á esta concepcion. Platon quería la paz entre los Griegos; quizá la religion estaba animada del mismo deseo; pero siendo impotente para realizarlo, veló al ménos por que las contiendas de los Helenos no dejasen recuerdos indelebles. La vanidad griega se complacia en consignar las victorias por medio de trofeos; una ley, no escrita, pero sí grabada en la conciencia nacional (3), prohibió al vencedor erigir trofeos permanentes, porque los Griegos no debían construir monumentos eternos de las discordias de la Grecia (4).

(1) THUCYD., v, 32.—DIODOR., XII, 77.

(2) STRAB., IX, p. 285, ed. Casaub.

(3) Κοινὰ τῶν Ἑλλήνων νόμιμα, κοινὰ δίκαια. THUCYD., III, 59.—DIODOR., XVI, 25; XIX, 63.—SCHOEMANN, *Antiquit. jur. publ. Græcor.*, p. 366.

(4) CICER., *de Invent.*, II, 23: «*Eternum inimicitiarum monumentum Græci de Gravis statuere non oportet.*»—C. PLUTARCH., *Quest. Rom.*, 37.—DIODOR., XIII, 24.

N.º 4. — *El derecho y el hecho.*

Acabamos de enumerar las causas que introdujeron un poco de humanidad en las guerras de los Griegos. ¿Ha sido su influencia puramente accidental y pasajera, ó ha producido un progreso duradero en el derecho de gentes de la Grecia? No debemos confundir el hecho con el derecho. La realidad no está nunca en armonía con el ideal. Pero basta vislumbrar el ideal, para que bajo su influencia se trasformen insensiblemente los hechos, porque las ideas gobiernan el mundo. Poco importa, pues, que los Griegos no hayan sido siempre fieles á las máximas que ellos mismos profesaban, no por esto les honran ménos; porque el derecho, una vez encarnado en la conciencia general, no perece; sigue su camino, superando los obstáculos que le oponen las debilidades de los hombres.

Más de una vez en el ardor de los combates los Griegos dieron muerte á los cautivos, pero uno de sus grandes poetas, órgano del sentimiento nacional, exclama: «Segun las leyes de la Grecia, la muerte del prisionero mancha al matador» (1). La religion abrió asilos ante los cuales se detenía la venganza del vencedor. Esta idea era fecunda: si el vencido era sagrado cuando imploraba á un dios, ¿por qué no habia de serlo también implorando á su enemigo en el campo de batalla? A la influencia religiosa debemos, pues, la ley de gracia que Eurípides ha presentado en la escena ateniense. Ya en los tiempos heróicos el vencedor concedía á veces la libertad al vencido, para conseguir un buen rescate; Aquiles mismo, el héroe implacable, confiesa que le era dulce perdonar á los Troyanos ántes de la muerte de Patroclo (2). El interés y la humanidad generalizaron esta costumbre (3). Hasta hay un ejemplo de prisioneros á los cuales se les concedió la libertad bajo su palabra: en la misma guerra, en que los de Megara y los de Co-

(1) EURIPID., *Heracl.*, 965 y sig.—C. THUCYD., III, 58.

(2) ILIAD., XXI, 100 y sig.

(3) HEROD., v, 77. *Sobre el uso de los rescates*, véase *Real Encyclopädie der Alterthumswissenschaft*, t. IV, p. 1319.

rinto estipularon respetar á los labradores, los cautivos eran admitidos á la mesa del vencedor; volvian libremente á sus casas y se obligaban á pagar su rescate: los que se hubieran atrevido á faltar á aquella promesa sagrada hubiesen sido mirados como infames, no solamente por el enemigo sino por sus mismos conciudadanos. Los prisioneros, que se libraban de la servidumbre mediante un rescate, pasaban á ser los huéspedes de sus vencedores; como la lengua griega carecia de término apropiado para significar aquellas nobles relaciones, hubo que crear una palabra que reuniese en sí ideas que pocas veces iban asociadas, la de huésped y la de vencido (1). Así la guerra creaba entre los enemigos una confraternidad de armas que en ninguna otra parte se ve más que entre los guerreros que combaten bajo la misma bandera: rara y poética excepcion en el duro derecho de guerra de los Griegos, pero que revela en el carácter de la nacion el sentimiento de humanidad, cuyos indicios vamos buscando. El rescate no era el único interes que movia al vencedor á perdonar la vida á los vencidos. Las repúblicas griegas tenian poca extension superficial; y, siendo poco considerable el número de ciudadanos, las guerras permanentes hubieran en poco tiempo acabado con la poblacion libre, si ademas de los desastres de los combates se hubiese vendido ó dado muerte á los prisioneros. Los combatientes estaban, pues, todos interesados en respetar la vida de los prisioneros: éstos recobraban su libertad y su patria mediante canjes (2).

Hé aquí cómo el derecho se iba abriendo paso en medio de la violencia. La religion fué el instrumento de este progreso; tambien intentó, aunque en vano, corregir el vicio más feo de la raza helénica, la perfidia. No debemos olvidar los esfuerzos del paganismo á fin de establecer entre los pueblos relaciones fundadas en la buena fe. Revistió de un carácter sagrado á los agentes encargados de conservar ó restablecer las relaciones amistosas. Los tratados iban acompañados de sacrificios, y se invocaba á los dioses como garantía de su cumplimiento; iban sancionados con jura-

(1) Δορυξένας. PLUTARCH., *Quest. Gr.*, 24.

(2) THUCYD., II, 103; IV, 38 v, 3.

mento de abstenerse de dolo y fraude (1). Las actas eran depositadas en lugares sagrados, entre las estatuas de los dioses, y los juramentos eran renovados todos los años (2). Estas precauciones demuestran las proporciones del mal que trataban de evitar. Los Griegos desconfiaban de sí mismos; prestaban un juramento sobre otro para obligarse, y, sin embargo, tenian tan poca conciencia del lazo natural que une á los pueblos, que no pensaban en contraer alianzas ó hacer la paz perpétua. Verdad es que la perpetuidad estipulada en los tratados de los pueblos modernos no pasa muchas veces de ser una mentira, pero debemos atender á la idea que revela más bien que al hecho; hoy la conciencia pública está convencida de que la paz es la ley del género humano, al paso que entre los antiguos la paz era una excepcion, una tregua de la guerra que subsistia en el fondo de las relaciones internacionales. Generalmente los tratados de paz ó de amistad entre los Griegos se estipulaban para el período de cien años (3). Pero un siglo de paz y de buena armonía es cosa inaudita en los tristes anales de las naciones: los juramentos eran olvidados poco despues de haber sido prestados. Los oráculos amenazaron con la venganza al culpable y á toda su posteridad: « Del juramento, dice la sacerdotisa de Delfos, nace un hijo sin nombre, sin manos y sin piés, pero que ataca con vuelo rápido al perjuro y lo destruye juntamente con su casa y toda su raza, al paso que se ve prosperar á los descendientes del que cumple religiosamente su palabra » (4). ¡ Vanas amenazas! La mala fe ha sido siempre una mancha del carácter griego: la perfidia estaba tan encarnada en sus costumbres, que pasó á ser proverbial. Una traicion se llamaba *una partida de Tesalio*; en lugar de moneda falsa se decia *moneda de Tesalia*. Y no eran las razas incultas las únicas que incurrian en esta bajeza. Habia un pueblo que compartia con Lacedemonia la gloria

(1) HEROD., IX, 7: ἀνευ τε δόλου καὶ ἀπάτης.— THUCYD., V, 18: σπόνδας ἀδόλου καὶ ἀβλαβεῖς; V, 47: δικαίως, καὶ προθύμως, καὶ ἀδόλω. C. V, 23.—WACHSMUTH, *Hellen., Alterth.*, t. II, p. 340.

(2) THUCYD., V, 23.—POLYB., XXVII, 16, 3.

(3) THUCYD., III, 114. Solon fijó igualmente en cien años la duracion de sus leyes (PLUTARCH., *Sol.*, 25).

(4) HEROD., VI, 86.

de haber producido el ideal de la legislación doria; la justicia se había personificado en sus reyes hasta tal punto, que los dioses los elegían para jueces en los infiernos; sin embargo, los Cretenses eran de todas las tribus griegas la más pérfida (1); en la guerra se servían continuamente de celadas y engaños (2). *Cretizar* (3) con los de Creta era servirse de picardías con los pícaros (4). Los Griegos decían: á un *Egineta un Cretense*; como si dijéramos: á un pícaro otro mayor. *Portarse como si fuese de Paros* (5), significaba violar los tratados. Si los proverbios son la sabiduría de las naciones, ¿qué opinión debemos formar de la Grecia? Para ser justos, debemos recordar que apenas se practicaba la buena fe respecto de los enemigos en toda la antigüedad. La fe púnica llegó á ser también proverbial. Según el testimonio mismo de un escritor griego (6), solamente los Romanos respetaban algo más los juramentos. Alejandro, Cartago y Roma ambicionaron la monarquía universal; la Providencia eligió al pueblo que profesaba la religión del juramento como el más digno de la alta misión de conquistar el mundo y de unir á los hombres.

(1) Κρήτες ἀει ψεύδοι (CALLIMACH., *Hym. in Jov.* v. 8).

(2) PLUTARCH., *Philop.*, 13; *Lysand.*, 20; *P. Aemil.*, 23.

(3) Nos vemos precisados á formar esta palabra nueva de la misma manera que Laurent ha empleado la palabra *crétiser* (N. del T.).

(4) POLYB., VIII, 21, 5.

(5) Ἀναπαράξιν. *Ephor. fragm.*, núm. 107.

(6) POLYB., VI, 56, 13 y sig.

## CAPITULO III.

### RELACIONES INTERNACIONALES.

#### § 1.—Relaciones de los Griegos entre sí.

Teofrasto dice en el prefacio de sus *Caractéres*: «Muchas veces he admirado, y nunca dejaré de admirar, cómo, hallándose toda la Grecia bajo el mismo cielo, y siendo idénticos el alimento y la educación de los Griegos, se encuentra, sin embargo, tan poca semejanza entre ellos.» La explicación de este problema, que parecía insoluble al discípulo de Aristóteles, es fácil para el historiador moderno. En el limitado territorio de la Grecia, ocupado por una sola raza, el movimiento de las personas era ménos considerable que el que hoy tiene lugar entre los grandes continentes: ¿cómo habían de formarse costumbres generales? La expatriación estaba prohibida en Esparta y en otras repúblicas (1). El ciudadano, encadenado al suelo en que había nacido, era completamente absorbido por su patria, abrigaba respecto de los demás griegos sentimientos hostiles, porque solamente los conocía por el mal que de ellos recibía, ya durante la guerra, ya durante la dominación que los más fuertes ejercían sobre los más débiles. La sola coexistencia, en un territorio reducido, de un gran número de pequeñas repúblicas era un manantial fecundo de malas pasiones. Sus relaciones se asemejaban á las de los habitantes de los pueblos pequeños; el orgullo, la vanidad, la envidia, producían disensio-

(1) Por ejemplo, en Argos (OVID., *Metam.*, xv, 29).